

en este obispado. Augustin Redondo deduce que, como ocurrió en Guadix, Guevara se nos muestra como un pastor consciente y responsable, preocupado por mejorar la vida religiosa de sus fieles y por recomponer las maltrechas rentas de la diócesis, expoliada por los nobles de la región. En este sentido, encontramos a nuestro autor, recién llegado a su obispado, recorriendo las tierras bajo su mando, en visita personal de reconocimiento y, por otra parte, enfrascado en múltiples pleitos. La gran mayoría de ellos heredados de sus antecesores en el puesto. Estas actividades dejan ver la clara conciencia de nuestro autor en atacar las supersticiones y brujerías, tan arraigadas en la región, al tiempo que se fomentaban las buenas prácticas religiosas. Vuelve a presentárenos, por consiguiente, la figura de Guevara como un obispo tolerante y mesurado (imagen que se desprende de las constituciones que Guevara promulgó en 1541 y que estudia Augustin Redondo). El análisis de los pleitos pone también de manifiesto el espíritu de conciliación de que, nuevamente, hace gala el obispo de Mondoñedo; se demuestra así, una vez más, la falsedad del tópico que nos presenta a Guevara como un empedernido litigante (aunque sus obligaciones como pastor de la Iglesia necesariamente le obligaban a defender las rentas de un obispado pobre y mermado en sus ingresos). Por otro lado, entre 1537 y 1539, jugó sin duda fray Antonio un papel de consejero ante Carlos V (tanto más cuanto que estaba en relación directa con Cobos, que tenía en alta estima a su hermano, el doctor Guevara). En las cortes toledanas de 1538-1539 nuestro autor participó no sólo en la conferencia que examinó las peticiones de los moriscos de Granada, sino también, probablemente, en apoyo de la política imperial.

En 1540 quedó vacante una canongía de la colegial de Valladolid. Guevara, por cariño a la ciudad del Pisuerga y por necesidades económicas, aspiró a la obtención del puesto, siendo recusado por no cumplir las condiciones exigidas para ocupar el cargo.

Se cierra el capítulo con la decadencia final de la vida de fray Antonio. Entre sus últimas actuaciones, el franciscano funda una capilla en el convento de su Orden en Valladolid, lugar que habría de servirle de enterramiento. El testamento de Guevara del 7 de enero de 1544 (fundamentalmente en favor de su hermano, el doctor don Fernando), la composición de su obra última (el *Monte Calvario* y su segunda parte, las *Siete Palabras*, que dejó inacabada), su partida para Mondoñedo, donde, en vísperas de su muerte, va a hacer nuevo testamento (lo que habrá de acarrear problemas con la herencia), jalonan los últimos momentos de la vida de nuestro autor a los que Augustin Redondo dedica las últimas páginas de esta parte de su estudio. Fi-

nalmente, la muerte, que le sobreviene en las primeras horas del día 3 de abril de 1545, pone fin a una dilatada vida de inquieta actividad y de labor intelectual.

LA FAMA LITERARIA Y LA INFLUENCIA POLITICA. ESTUDIO PARTICULAR DE DOS OBRAS POLITICO-MORALES: EL «MARCO AURELIO» Y EL «RELOX DE PRINCIPES»

1. *Los antecedentes del «Relox de Príncipes»: El «Libro Aureo de Marco Aurelio».*

El *Marco Aurelio*, que probablemente comenzó a escribir Guevara en Soria en 1518, fue la primera y la más famosa obra de nuestro autor. La historia de este libro va íntimamente ligada a la del *Relox de Príncipes*, ya que la mayor parte del primero quedó integrada en el segundo, provocando la confusión entre los dos textos. Por ello, antes de estudiar el contenido ideológico del *Relox de Príncipes* (el *Marco Aurelio* forma un cuerpo con éste), habría que rehacer la historia de la primera obra de Guevara para dilucidar el problema planteado y comprender el proceso que condujo al autor a pasar de un texto a otro.

En la base del *Marco Aurelio* está toda la tradición medieval de los *Espejos de Príncipes* (ejemplarios para el buen gobierno, que escribían normalmente los religiosos, sobre todo al comienzo de un reinado) y los *Laudes Hispaniae* (que, desde San Isidoro, se concentraban especialmente en exaltar las aportaciones de España al Imperio romano). Hacia 1517-1518 debió de conocer Guevara al inexperto Carlos V, rodeado de una corte de extranjeros y desconociendo el idioma y el carácter del pueblo sobre el que iba a gobernar, lo que probablemente llevó a su conciencia la necesidad de escribir un manual de buen gobierno para uso y provecho del joven monarca. A todo ello debe unirse el interés del humanismo renacentista hacia la Antigüedad, interés que se manifiesta en las numerosas publicaciones, tanto en latín como en romance, sobre historias del viejo Imperio romano (una de ellas, la *Historia Augusta*, publicada por Erasmo en 1518). Pero, ¿por qué eligió Guevara a Marco Aurelio, y no a otro emperador, como personaje central de su obra? Varias razones respaldan esta elección: Marco Aurelio, personalidad casi ignorada hasta el siglo XVI, comienza a ser conocido en su doble vertiente de filósofo y de gobernante (y ya se sabe la atracción que el Renacimiento sintió por los sabios antiguos, con la particularidad de que en este caso se materializaba el ideal platónico del rey-filósofo). Marco Aurelio aparece, pues, como el modelo de soberano para Guevara, quien ve en el protagonista de su libro

una serie de cualidades extraordinariamente atractivas, como su estoicismo profundamente humano y su comportamiento ejemplar. Además, aunque nacido en Roma, Marco Aurelio era, por su ascendencia, de origen español.

La ficción, estructura y contenido del *Marco Aurelio* van a ocupar la atención de Augustin Redondo en un apartado del capítulo. Partiendo de las escasas fuentes documentales (que le dejaban la vía abierta hacia una reconstrucción imaginaria), fray Antonio recompone la vida del emperador romano y su hipotética correspondencia. Para ello, Guevara confiesa haber encontrado en la biblioteca florentina de Cosme de Médicis un supuesto códice que contenía la historia de Marco Aurelio, escrita por tres de sus mentores, testigos del reinado; y nuestro autor se aplicaba ahora a verter el manuscrito al castellano. Esta fábula, a la que recurre Guevara para dar mayor viso de verosimilitud a su obra, se instala en una tradición de textos inventados a partir de la sugerencia contenida en una fuente (como ocurría en los libros de caballería) y venía reforzada, además, por el recurso retórico de la *captatio benevolentiae* (que el propio Guevara explica en el prólogo, en donde afirma el carácter moral y la finalidad didáctica del libro). Utiliza para ello un fondo de filosofía moral en cuya base está la *Consolación de la filosofía* de Boecio, autor que representa para Guevara el puente de unión entre el estoicismo pagano de Marco Aurelio y el espíritu cristiano de los hombres del siglo XVI.

La estructura textual del *Marco Aurelio* está basada en aquella dualidad tan querida por nuestro autor, cuyos elementos son la biografía, más o menos imaginaria, del emperador romano, por una parte, y las cartas apócrifas de éste último, por otro lado. Augustin Redondo traza, a continuación, el esquema que sigue Guevara en ambas partes de la obra y que venía establecido de antemano por la retórica epidíctica (cuyo objeto es la descripción laudatoria o admonitoria, de un personaje), por lo que respecta a la primera parte, y la retórica epistolar (consolidada desde la Antigüedad y refrendada por toda la tradición medieval de los ejercicios escolásticos de las *Artes dictandi*), por lo que toca a la segunda parte del *Marco Aurelio*. No menos destacable es el hecho de que la obra presenta la figura central desde una perspectiva humana, por lo que Marco Aurelio aparece como un personaje individualizado con una psicología progresivamente construida por Guevara a lo largo del libro, abriendo, de esta manera, un camino inédito hacia el protagonista de la novela moderna.

Quince eran las cartas que, en principio, había proyectado Guevara para la segunda parte de su obra (doce de buena moral y doctrina y tres de escarnio contra las mujeres), cuando en 1524, nuevamente en

la corte y probablemente por presiones de algunos conocidos, cambió sus proyectos, añadiendo tres cartas de amores (que Guevara copia de los procesos de cartas de las novelas sentimentales —en concreto del *Arnalte y Lucenda* de San Pedro—, tan en boga en el mundo cortesano de entonces) y una carta final, dirigida por Marco Aurelio a su amigo y pariente Píramón (en la que vuelve, como colofón, a los temas graves de las doce primeras cartas).

En definitiva, puede decirse que el libro contenía elementos suficientes para convertirse en un éxito editorial, como así fue. Las razones de este éxito podrían resumirse en las tres características fundamentales del *Marco Aurelio*: la finalidad moralizante, el estilo elevado (al gusto de la época) y el contenido ideológico de matiz aristocrático (a tono con el público al que se dirigía la obra).

Los aspectos bibliográficos de diversa índole, en relación con el *Libro Aureo*, ocupan las últimas páginas que Augustin Redondo dedica a esta obra de Guevara. Una vez extendido por la corte el rumor de la existencia del libro, el emperador pidió una copia a su predicador para distraerse en la convalecencia de una reciente enfermedad. Guevara rogó al monarca que no se hiciesen reproducciones del ejemplar manuscrito que le entregaba, pues pensaba que el libro no debía ser publicado en la forma que entonces presentaba. Sin embargo, las copias se multiplicaron en poco tiempo, con la consiguiente acumulación progresiva de errores en los sucesivos traslados. Hasta tal punto se hizo célebre el libro del predicador imperial, que empezaron a surgir plagios y apropiaciones en obras de diferentes autores del momento. Ante tal estado de cosas, Guevara debió de pensar en publicar la obra, como único medio de evitar males mayores, al tiempo que dicha edición serviría como anticipo y preparación al *Relox de Príncipes*, obra que, según toda posibilidad, debía, por lo menos, tener ideada. Así que, en 1527, solicita Guevara el privilegio para imprimir su libro. Tres ediciones básicas del *Marco Aurelio*, con sus problemas subsiguientes, estudia Augustin Redondo: la de Sevilla, Jacobo Cromberger, 1528 (que se publicó subrepticamente, sin el nombre del autor ni dato alguno que lo identificara; aunque, en 1529, el hijo de este impresor, Juan Cromberger, compró a nuestro autor el privilegio para editar el *Marco Aurelio*); la de Lisboa, s.i., 1528 (de la que no se conserva ningún ejemplar y de la que Augustin Redondo sospecha que pudo hacerse en las propias oficinas de Cromberger en Sevilla, aunque cambiando el colofón), y la de Valencia, s.i., 1528 (cuyo impresor, Juan Joffre, que desvela Augustin Redondo, ha seguido la edición sevillana de 1528). Todas ellas, al parecer, se imprimieron sin consentimiento del autor, como asimismo las de Zaragoza (Jorge Coci, 1527) y las de Amberes y